

No hemos hecho eterno a ningún mortal antes de ti.
Muriendo tú, ¿iban otros a ser inmortales?

CORÁN, sura 21 («Los Profetas»), vers. 34

Este es un libro de buena fe, lector.

MONTAIGNE

PRÓLOGO

Dibújame un profeta

Di: No soy más que un mortal semejante a vosotros.

CORÁN, sura 18 («La Caverna»), vers. 110

Medina, lunes 8 de junio del año 632.¹ El sol cenital inflama el horizonte. La calima de esta jornada estival en Arabia parece clemente en comparación con la fiebre que consume el cuerpo de Mahoma. Tendido en su lecho, Abūl-Qāsim, como suelen llamarlo sus amigos íntimos, agoniza. Ya hace varios días que su familia y sus compañeros saben que el Profeta se muere. Un ambiente pesado se cierne sobre Medina, la tensión se palpa en el aire. Mahoma desconoce lo que pasa fuera: desde hace no mucho se ha convertido en rehén de su lecho. Pero intuye el nerviosismo de sus compañeros y sus mujeres, que vienen a verlo para comprobar si aún respira. Él está en otra parte, solo piensa en el momento en el que se le dispensará de los tormentos de esta agonía. El hombre ya ni siquiera tiene fuerzas para gemir. En silencio, implora a Dios que lo llame a su lado.

Ese día, no obstante, el ambiente es extrañamente tranquilo. Mahoma está solo con su esposa Aisha (‘Ā’iṣā). El padre de esta, Abū Bakr, amigo del Profeta y en el futuro su primer califa, le hace una visita furtiva por la mañana temprano y luego parte a su casa de Sunh, cerca de Medina. Omar (‘Umar ibn al-Jaṭṭāb), otro com-

pañero de su guardia más cercana y en el futuro segundo califa, está fuera de la mezquita contigua a la habitación de Mahoma, dando vueltas de un lado a otro frente a la puerta, aferrando el sable con mano temblorosa. Los *ansār*² de Medina, a quien Sa'd ibn 'Ubāda había reunido, se retiran a la *saqīfa*³ del clan de los Banū Sa'ida, donde, al resguardo del calor y las miradas indiscretas, ya se están preparando para cuando llegue la muerte de Mahoma.

Al concluir la jornada, con la cabeza apoyada en el regazo de Aisha, el Profeta abandona este mundo. La noticia cae sobre Medina como un rugido de truenos que desgarrar el cielo. Los musulmanes acuden, frenéticos, a la casa de Abūl-Qāsim. Hay quien recuerda las palabras que el Profeta dedicó a los recién convertidos diciéndoles que venía a anunciarles la inminencia del apocalipsis. Unos, escépticos, exclaman: «¡No puede estar muerto! ¿No dijo acaso que sería nuestro testigo el día del Juicio Final?». Los otros, aterrorizados, murmuran: «Ha llegado la hora». Frente a la habitación del Profeta, se eleva un tumulto. Gritan, lloran, se amontonan. Los rostros están congestionados de calor y pavor. Al percibir la alteración de la multitud, Omar eleva su voz, atronadora: «¡Ay de vosotros, infelices! ¡El Enviado de Dios aún vive! ¡Veréis al Profeta regresar y cortarles los brazos y las piernas a cuantos han afirmado que estaba muerto!». Mientras habla, agita los brazos y hace temblar el suelo con sus pies. Las exhibiciones de fuerza son un método de persuasión imparable para Omar.

Abū Bakr, que entretanto ha llegado a Medina, entra con ímpetu en la capilla ardiente. Da un beso en la frente del Profeta y sale inmediatamente. Intenta apaciguar la furia de Omar e, imperturbable, se dirige a la multitud: «¡Oídme! Quienes adoran a Mahoma saben que Mahoma ha muerto. Los que adoran a Dios saben que Dios es eterno y jamás muere». Prosigue: «Dios nos los dijo en el Corán: “Mahoma no es sino un enviado

PRÓLOGO

[un profeta], antes del cual han pasado otros enviados. Si, pues, muriera o le mataran, ¿ibais a volveros atrás?»» (3:144).⁴ Curiosamente nadie, ni siquiera Omar, recuerda haber escuchado hasta este momento este versículo del Corán. Al escuchar estas palabras de Abū Bakr, todo el mundo calla y la muchedumbre se dispersa. Cada cual se recluye en la angustia de lo que está por venir. Un silencio de plomo cae sobre Medina. No se escuchan más que los ladridos incesantes perdiéndose en la lejanía...

Transcurridos dos días de su muerte, aún no han enterrado al Profeta. Su cadáver, cubierto con una túnica, yace abandonado desde el lunes. Hasta la noche del miércoles, la familia de Abūl-Qāsim no resuelve finalmente dar comienzo a los preparativos de las exequias. Bien entrada la noche, Alí ('Alī [ibn 'Abī Ṭālib]), primo y yerno de Mahoma, se encuentra en la capilla ardiente acompañado de otros miembros de la familia: Abās (Abbās [ibn 'Abd al-Muṭṭalib]), tío del Profeta; sus dos hijos, Faḍl y Quṭam; 'Aqīl, hermano de Alí, y también Usāma (Osama) ibn Zayd, el liberto bienamado de Mahoma, acompañado de Šuqrān, su sirviente.

Siguiendo las instrucciones del Profeta, es Alí quien lleva a cabo el lavado ritual. El funeral se celebra esa misma noche. Aisha dirá más tarde que no supo que estaban enterrando a su marido hasta que oyó el ruido de los picos en mitad de la noche. Pero ¿cómo puede ser que no la hayan avisado del entierro de su esposo? ¿Dónde está ella en aquel momento? ¿El Profeta no había muerto en su habitación? ¿Y dónde se encuentran Abū Bakr y Omar, los dos futuros califas? Todos los compañeros de Mahoma parecen haber desaparecido. También es extraño que a la hora de cavar la tumba del Profeta ni siquiera pueden dar con el sepulturero designado por los emigrantes,* Abū 'Ubayda ibn al-Ŷarrāḥ.

* Mequíes refugiados en Medina. (*N. de la t.*)

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE MAHOMA

¿Por qué no enterraron a Mahoma el día mismo de su muerte tal y como el Profeta ordenaba a sus correligionarios que sepultaran rápidamente a sus difuntos? En la tradición musulmana, ningún libro aporta la menor información sobre este agujero negro de dos días durante los cuales el cadáver del Enviado de Dios permanece abandonado. La tradición, siempre tan indiscreta, a pesar de estar bien informada de hasta los más nimios detalles de la vida del Profeta y sus compañeros, se torna bruscamente amnésica y muda con respecto a esta cuestión. Durante más de dos días, la escena se vacía repentinamente de la multitud de actores que la agitaban hacía apenas unos minutos. Como si de una obra teatral se tratara, en mitad del escenario solo permanece el cuerpo sin vida de un hombre tendido en su lecho.

Del lunes a la noche del miércoles, el tiempo de los hombres parece así «haber suspendido su vuelo». El tiempo de la naturaleza, sin embargo, prosigue su recorrido implacable: el cadáver de Mahoma comienza a descomponerse. En el aire viciado de su habitación se percibe un hedor a carroña que invade la casa entera. El colmo de la ironía es que este hombre era un apasionado de los más refinados perfumes. Bajo el manto que lo cubre, entre la indiferencia general, Mahoma comienza a pudrirse.

¿Cómo explicar esta afrenta hacia el Profeta cuyo cuerpo, abandonado, ofrece el obscuro y horripilante espectáculo de su putrefacción? ¿Las intrigas políticas y la carrera por el califato les obsesionan tanto como para olvidar los restos del maestro y negarle este cuidado mínimo que se debe a la dignidad humana? Estas son las preguntas a las que este libro intenta dar respuesta realizando una «investigación» de las últimas semanas de la vida de Mahoma, su agonía y las horas que siguieron a su muerte. La reconstrucción que proponemos suscita muchos otros interrogantes, ya que el final de la vida de Mahoma está

PRÓLOGO

plagado de misterios: ¿por qué se le impidió dictar su testamento tres días antes de fallecer?, ¿de qué murió exactamente?

La imagen trágica del abandono al que sometieron al cadáver del Profeta sus amigos más cercanos, quienes, más tarde, se impusieron como sus sucesores esgrimiendo precisamente esta relación privilegiada que tenían con él, figura en la obra de los autores musulmanes más ortodoxos. Esta imagen funesta persigue aún el inconsciente colectivo de los musulmanes. De hecho, está en las antípodas de la adoración exacerbada de la que es objeto el Profeta en la actualidad. No cabe duda de que la primera generación de musulmanes no consideraba a Mahoma un personaje sagrado. Él mismo reivindicó no ser más que un mortal entre los mortales, como le indicó Alá en el Corán: «Di: “Yo soy solo un mortal como vosotros”» (18:110). Hoy en día, la adoración que los musulmanes profesan a su Profeta está investida de un paroxismo tal que el personaje está envuelto en una obsesión realmente blasfema. El aura de veneración que lo rodea lo ha convertido de alguna manera en un fósil.

La época en que vivió Mahoma resulta muy lejana. En el curso de mil cuatrocientos años, se ha convertido para muchos en una abstracción tan potente que se resiste a cualquier intento de representación. Así pues, si las caricaturas de Mahoma han provocado un profundo malestar entre los musulmanes, hasta el punto de desencadenar reacciones de demencia asesina, no es porque se burlen del Profeta, sino porque estas divertidas ilustraciones ponen de relieve lo que consideramos que es el punto débil del islam: su rechazo a la representación del Profeta.⁵ En la era de la imagen, el aniconismo del islam ya no es solo un dogma religioso obsoleto, sino el síntoma flagrante de un anacronismo al que la violenta respuesta a las caricaturas de Mahoma confiere hoy un relieve trágico.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE MAHOMA

Sería erróneo imputar este acto asesino, que supuestamente pretende vengar al Profeta, a ciertos individuos de «cerebro gangrenado», como diría Voltaire. Estos «lobos solitarios» son menos solitarios de lo que nos pensamos. Son la parte visible de este inmenso iceberg que es el conformismo religioso, cómplice silencioso del crimen. De hecho, los musulmanes que piensan (con mayor o menor grado de sinceridad) que es inadmisibles responder a un dibujo con una metralleta también consideran inadmisibles caricaturizar a su Profeta, e incluso representarlo. En realidad, el islam de los musulmanes que se autodenominan «moderados», como el islam milenarista de los asesinos en serie fanáticos, acarrea el fardo de un tabú común: la prohibición de la representación del Profeta.⁶ Todos los musulmanes, tanto los que son violentos como los que no lo son, se sintieron, por tanto, incapaces de responder a la caricatura mediante la publicación, por ejemplo, de imágenes sublimadas de Mahoma: no pueden porque su religión no se lo permite.⁷ Esta relación con la imagen es el síntoma más profundo de una relación compleja con la memoria.⁸ Solo una reconstrucción histórica paciente y objetiva permitiría sobrepasar la dicotomía del «moderado» y el «integrista», separando de una manera bastante más maniquea que imaginaria al «buen» del «mal» musulmán. Estos dos ámbitos se acusan mutuamente de desfigurar el islam, pero terminan por neutralizarse siempre. ¿Acaso el problema de los musulmanes no es que su Profeta se ha convertido en un hombre sin sombra, un ser deshumanizado, alejado de la historia y la representación? ¿Y si la reforma del islam no tuviera que ser teológica, sino estética?

Este libro trata, precisamente, de trazar el retrato de un hombre de carne y hueso, de dibujar los contornos de una figura humanizada del Profeta y, por tanto, de sus allegados. ¿Y qué

PRÓLOGO

mejor para acercarnos a su humanidad que interesarnos por los últimos instantes del hombre, que, prisionero de su cuerpo enfermo, es consciente de su vulnerabilidad? Así es como en el relato del final de Mahoma encontramos los lugares comunes de la caída de un soberano poderoso: una autoridad que declina tras una derrota militar contra los bizantinos, los intentos de asesinato, las escandalosas injerencias de su entorno familiar en asuntos políticos y la batalla que, en el momento de su agonía, empeñaron los de su entorno para heredar su poder y su inmensa fortuna. En medio de este torbellino de codicias, Mahoma es un hombre solo que afronta la insaciable ambición de sus compañeros. Y así llegamos a la misma constatación de siempre: la religión suele ser tapadera de las ambiciones humanas.

El análisis de la actitud de los compañeros más cercanos (sobre todo Abū Bakr y Omar, los candidatos a sucederlo), que se revuelven febrilmente alrededor del lecho del Profeta moribundo, permite, además, arrojar luz sobre las dolorosas condiciones en las que emergió la autoridad política en el islam. Los síntomas precursores de discordias y luchas fratricidas que afligen a los musulmanes desde hace siglos se perciben ya desde la agonía de Mahoma.

Con la reconstrucción de los últimos días de su vida deseamos extraer al hombre sepultado bajo la leyenda epicorreligiosa y devolverlo a la historia, es decir, «a los tiempos del mundo», como diría el orientalista Jacques Berque.⁹ Este razonamiento se nos impone como una evidencia, ya que, como destacó Ernest Renan, Mahoma es un «personaje histórico real».¹⁰ Recordemos que fue contemporáneo de Heraclio, el emperador de Bizancio; de Dagoberto I, rey de los francos, y del papa Bonifacio V. No

obstante, se constata que las raíces históricas del islam se hunden en las arenas movedizas del dogmatismo. Con el paso de los siglos parece haberse encerrado en una «representación absoluta» que hace que actualmente, como señala Jacqueline Chabbi, historiadora del islam, esta religión «se niega a armonizar su razonamiento con el tiempo de los demás». ¹¹ Al no aceptar mirarse más que en el espejo complaciente de su propia tradición, los musulmanes creen poder condensar su historia, e incluso su futuro, en una ilusión de eternidad e infalibilidad.

Incapaz de asumir su propia cualidad temporal humana, el islam parece avanzar con paso firme hacia su salida de la historia, la misma a la que la religión recién nacida se enfrentó hace catorce siglos el día que murió Mahoma. De hecho, el episodio final de la vida del Profeta nos parece lo suficientemente interesante como para explorarlo porque nos sitúa frente al instante decisivo en el que el islam negoció realmente un «final de la historia»: para sus contemporáneos, Mahoma acababa de anunciar el fin del mundo y su muerte debía servir, indefectiblemente, de presagio de tal hecho.

Como verdadera crisis que puso en entredicho la propia supervivencia del islam, la muerte de Mahoma es un episodio que parece achacar el malestar de dicha religión a la civilización moderna y proporcionar así los argumentos que justifiquen una reflexión sobre la actitud actual de ciertos musulmanes que, alentados por la locura milenarista y ansiosos por salirse de la historia, intentan empujar al mundo al apocalipsis que nos imponen, con puestas en escena propias de una pesadilla, un espectáculo horripilante. Estos anticristos que parecen salir de otra época, cuya intolerancia, ira iconoclasta y crueldad inconcebible nos encogen el corazón, no son solo la encarnación de una deriva fanática: estos musulmanes parecen revitalizar sal-

PRÓLOGO

vajemente el imaginario escatológico original en que, sin atisbo de duda, se cimentó la creencia religiosa en el islam.

La reconstrucción que propone esta obra se basa en su totalidad en el Corán y las fuentes de la tradición musulmana, tanto suníes como chiíes, que contienen una cantidad prodigiosa de relaciones y de informaciones relativas a la agonía del Profeta y su muerte.¹² Nos basamos en la confrontación de los diferentes relatos recogidos en los libros que recopilan los hadices y las *siyar* (plural de *sirā*, «biografía») más antiguas del Profeta, así como en las exégesis del Corán, las numerosas crónicas y las obras consagradas a los compañeros de Mahoma. Cabe señalar que esta prolífica tradición aparece más de un siglo después de los acontecimientos que refiere.¹³ Salvo por su carácter tardío, las fuentes de la tradición musulmana presentan características literarias bastante singulares: el mismo acontecimiento se ofrece adoptando la forma de varios relatos fragmentados procedentes de informantes distintos. En estos libros «a varias voces» el autor se conforma con yuxtaponer las versiones incluso cuando bastantes de ellas son divergentes y aun contradictorias. El ejemplo más elocuente es el de Aisha, que a un tiempo afirma que su marido fue envenenado y también que murió de pleuresía. Nuestro trabajo consiste en recopilar las piezas del puzle para darles una forma narrativa lineal frente a los relatos dispersos y las versiones discordantes que encontramos en los tradicionalistas musulmanes.

A veces la historiografía musulmana, especialmente la biografía del Profeta, se ve dominada por motivos apologeticos y religiosos. No obstante, y aquí tenemos una enorme paradoja, parece preocuparse por la construcción de cierta veracidad histórica. Sorprende constatar que se han mantenido hechos

incómodos para la memoria de la familia y de los compañeros de Mahoma en obras que se supone que deberían presentar una imagen idealizada, tal vez incluso sacralizada de la primera generación de musulmanes. De hecho, el carácter apologético de la tradición musulmana no excluye una dimensión profundamente subversiva e iconoclasta, como lo es la literatura chií, que se desarrolló al margen y en oposición a ella.¹⁴ Dentro de la propia tradición suní, se constata más de una vez que la historia sagrada no ha sido completamente «esterilizada». La actitud de dos de los compañeros de Mahoma, Abū Bakr y Omar, durante la agonía del Profeta y las primeras horas tras su muerte, compromete el recuerdo de los dos primeros califas. Es más que evidente que ciertos detalles (a veces, sórdidos) que actualmente suelen ser silenciados, no han sido, sin embargo, corregidos, lo que demostraría su altísimo grado de autenticidad.

La fiabilidad de tales informaciones se confirma por una asombrosa coincidencia entre las fuentes suníes y chiíes, que, como es bien sabido, son antagonistas. Es precisamente en estos puntos de coincidencia donde nos sentimos más cerca de un núcleo de veracidad histórica. Tal y como recomienda Mohammad Ali Amir-Moezzi, es interesante examinar los «archivos de la oposición» que «siguen sin ser suficientemente conocidos» porque las «aserciones chiíes no son más que simples elucubraciones surgidas de la frustración de la derrota».¹⁵ Por este motivo, en esta obra hemos tomado la decisión de comparar los relatos suníes y chiíes relativos a los últimos días de Mahoma.

En conclusión, la novedad de nuestro relato reside en la comparación inédita de estas fuentes y la linealidad con la que las re-

PRÓLOGO

presentamos.¹⁶ El orden cronológico que proponemos permite destacar la comprensión del episodio capital de los últimos días de Mahoma de la masa confusa de datos dispares que proporciona la tradición. De este modo, recolocados en el eje temporal en un orden nuevo y razonado, los hechos hablan por sí mismos.

Somos conscientes de que este libro no es más que un intento utópico de cuadrar el círculo y que lo único que alcanzará es una aproximación. Cualquier investigación científica tiende hacia un horizonte que retrocede en la proporción y la medida que el investigador avanza. A fin de cuentas, la situación del historiador no es más desesperada que la del matemático que persigue los decimales imprevisibles de π o la del físico que, al intentar captar la materia, solo encuentra formas. Del mismo modo, el historiador solo tiene el modo en el que se desarrolla la historia, es decir, el engranaje infinito y en constante expansión de sus representaciones.